

te ganaderos para dejar de profesar, como buenos hijos de la naturaleza, una predilección especial por la caza, de la cual sacan la principal base de su alimentación. Así es que no sólo cazan aisladamente, sí que también, juntándose todos los habitantes de un kral, preparan lazos, buitrones, etc., como los bosquimanos. Teófilo Hahn nos comunica interesantes ejemplos, por él mismo presenciados, de la habilidad que tienen los hotentotes para encontrar el rastro de los animales. El nama, dice, entiende el ojeo más que otro hombre alguno, lo mismo si el rastro le lleva a un suelo de karu (arcilla dura) ó a una meseta de roca, que si le conduce á superficies arenosas, en donde el viento borra casi por completo toda huella: el nama sabe seguirla á todas partes y, lo que es más admirable, llega hasta á de-



Tocado de una hotentote (según Wood)

terminar los días y aun las horas que la huella tiene. También distingue las huellas de los individuos de una misma especie, expresando con gran exactitud cuáles pertenecen ó no á sus bueyes, ovejas ó cabras ó á los «sin cuernos», «pálidos», «de largas orejas», «de cola encorvada», etc. Asimismo conoce las huellas de los hombres, lo propio las de sus compañeros de tribu que las de los bosquimanos y hereros. La distinta profundidad de los dos lados de una pisada le permite adivinar la dirección que pensaba tomar el animal: las piedrecitas movidas, las ramas secas, etc., son para él signos infalibles. No les falta á los hotentotes, en un momento dado, arrojo para hacer frente á las fieras, refiriéndose de sus atrevidos cazadores las más admirables historias. Después de una caza afortunada, cortan una parte de la carne en lonjas delgadas que secan al sol y el resto lo llevan á la aldea, en donde — según expresión del autor citado — toda la población se harta de una manera inusitada para no salir, durante algunos días, mientras duran las provisiones, del estado de una *boa constrictor* que está haciendo la digestión. «Un gran fuego arde sin cesar debajo de la caldera que hierve y en la cual y de la cual continuamente se echa y se saca carne. A la sombra de los árboles ó delante ó dentro de las chozas están sentados á la moda turca, es decir en el suelo y con las piernas cruzadas, formando grandes y pequeños grupos, comiendo todos hasta que todo se ha consumido.» Las narraciones de Kolb referentes á las prácticas á que ha de someterse un hotentote que haya muerto un animal grande, como un león, un ele-

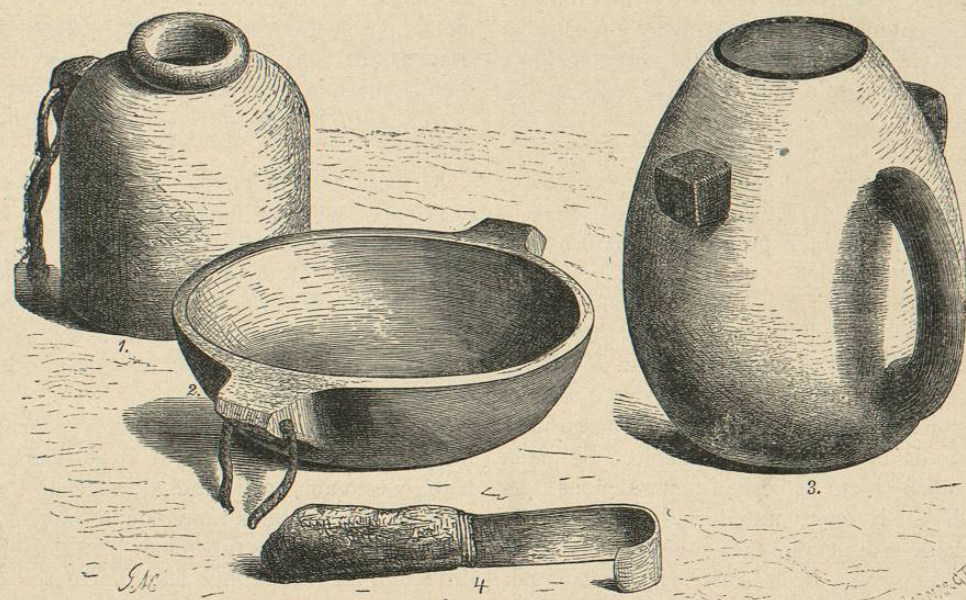
fante, un alce, etc., han sido puestas en duda, por más que en sí mismas no sean menos verosímiles que otras del mismo autor á las cuales desde hace mucho tiempo se viene dando crédito. Esto hace que creamos conveniente consignarlas. El cazador afortunado, en cuanto regresa á su aldea, «es hecho otro», según expresión de ellos, por uno de sus ancianos compañeros de tribu: éste se orina sobre aquél, que está sentado en el suelo delante de la choza, y los demás hombres se colocan alrededor de él fumando dacha ó tabaco y echándole la ceniza; después de lo cual se ata á su cabellera la vejiga del animal cazado y es admirado como héroe por sus compañeros. Su mujer ha de ayunar durante tres días y permanecer, desde por la mañana hasta por la noche, fuera del kral con el ganado, y el hombre ha de abstenerse de ella durante esos tres días.

Poco sabemos acerca de los hotentotes como pescadores: sus residencias son, por otra parte, poco á propósito para la pesca. Digamos aquí, de paso, que á falta de canoas ó de otro medio análogo, los hotentotes y las tribus cafres se valen para sus excursiones por el agua de troncos, sobre los cuales se sientan ó se tienden, haciendo servir de remos las manos y los pies. Sabemos que los mismos habitantes de las costas no se aventuran á lanzarse al mar, pues, como sus compatriotas del interior, no poseen canoas ni armadías, pero vadean los ríos para coger rayas, impulsados quizás por los europeos, y para pescar con anzuelos que confeccionan con clavos de hierro. Por esto los hotentotes que habitan en las comarcas costaneras son, sin excepción, los más pobres de todos: su sumisión y su pobreza recuerdan las de los bosquimanos. Los hotentotes que viven en los países de la costa de la bahía de la Baller a, cuyo centro es la estación misionera de Schepmannsdorf, son una tribu de baja condición que vive en parte de los servicios que á veces presta á los blancos, y en parte de los pescados de la bahía y los naras de las colinas arenosas que se alzan junto á la playa: estos hotentotes poseen también algunos rebaños. Las colinas arenosas que producen naras se distribuyen entre las familias de la tribu, y los pescados, especialmente las rayas, como hemos visto, los cogen por medio de un afilado cuerno de antilope (el llamado gamo de los boers) ó por medio de las azagayas. Tribus parecidas existían antes más hacia el Sud. Riebeck y otros antiguos viajeros holandeses hablan de ribereños, pescadores y marinos: según parece, anualmente algunas tribus del interior bajan una temporada á la costa para alimentarse de mariscos y de peces. En muchos puntos de la costa del Cabo se han encontrado restos de estas comidas primitivas, mezclados con huesos rotos y hasta con huesos humanos.

Las chozas de los hotentotes tienen un carácter seminómada, de suerte que bien podría llamárselas simplemente tiendas, puesto que en pocas horas se desmontan y se reconstruyen. El armazón se compone de palos encorvados que se clavan en el suelo formando un óvalo: todos tienen la misma inclinación y están unidos entre sí por su parte superior. El espacio así abarcado vendrá á tener una longitud igual á la de dos hombres y una tercera parte aproximadamente menos de anchura. La abertura de la cabaña tiene una altura de medio cuerpo de hombre, y el interior no tiene mucha más elevación, de suerte que un hombre no puede permanecer en ella de pie. Con razón afirman los más antiguos autores alemanes que describen á los hotentotes, que estas chozas pueden compararse con «los hornos de barro que encontramos en las aldeas alemanas, pero no con los grandes haces de heno, primero porque éstos terminan regularmente en punta y segundo porque son mucho

más altas que el mayor de aquellos palacios.» Sobre este armazón se colocan sólidas esteras y sobre éstas algunas pieles: además se ponen algunas piedras para que las cabañas puedan resistir los embates del viento. La fabricación de esteras, parte la más artística que en toda la vivienda se encuentra, se hace entre los namaqúas de la manera siguiente: las cortezas interiores de las mimosas pónense en maceración y la familia las va masticando con toda la fuerza de sus mandíbulas hasta hacerlas enteramente flexibles, conseguido lo cual forman con ellas una cuerda arrollándolas sobre sus desnudas piernas. De esta manera se fabrica en poco tiempo un gran número de guitás. Hecho esto, se practican en los juncos varios agujeros á una distancia unos de otros de 2 pulgadas, por los cuales se pasan las cuerdas con

agujas hechas de huesos ó espinas ó con agujas propiamente dichas de hierro de unos 2 pies de largo (véase el grabado de la pág. 107). Las esteras son útiles por dos conceptos: con el calor y la sequedad se vuelven muy ligeras, al paso que con la humedad se hinchan y adquieren tal consistencia que se hacen impenetrables á los más grandes aguaceros. Además de esto tienen la ventaja de ser tan ligeras que un solo buey de carga lleva fácilmente las estacas semicirculares que constituyen el armazón de la choza, las esteras, los pocos utensilios, como calabazas, botes de harina y cacharros, y además á la señora de la casa con sus pequeñuelos, que suele sentarse orgullosamente en medio de todos estos objetos de su propiedad. En el interior de la choza, vense algunos agujeros practicados en el suelo, unos en el



1, 2, y 4, utensilios de madera y cuchillo de los hotentotes; 3, fabricado por los bosquimanos (según Wood)

centro, enfrente de la puerta, para el fuego, en el cual las mujeres cuidadosas hacen un hogar de arcilla, y á su alrededor tantos «agujeros dormitorio» como habitantes tiene la cabaña. Por regla general, en cada una de éstas vive toda una familia, de suerte que, á veces, en tan reducido espacio se juntan hasta 10 y 12 individuos. Los que pueden llamarse enseres domésticos, tales como un par de cacharros, armas y palos, están colgados en los travesaños del armazón ó se guardan en unas tablas especiales frente á la puerta. El humo se escapa por los intersticios de las esteras y por la puerta, cerrada por medio de una piel colgante. Según sea la dirección del viento, se corren fácilmente las esteras, con lo cual la puerta puede cambiar de sitio: generalmente mira hacia Oriente. La construcción de estas chozas corre comunmente á cargo de las mujeres.

Por lo que hace á la agrupación de esas chozas en aldeas, cedemos la palabra á Kolb, que respecto de este particular se ha expresado de un modo más claro é inteligible que ninguno de los modernos escritores que de ese pueblo se han ocupado. «No tienen, — dice, — ciudades ni plazas fuertes, y se rien de los europeos porque las tienen. Las que poseen, no están construídas como las de los europeos ó de ningún otro pueblo, pues no trazan calles bonitas, cómodas y rectas, en sentido longitudinal, transversal ó en cruz, antes bien siguen el mismo sistema que han adoptado para sus malas casas ó chozas. En efecto, construyen sus aldeas en forma de círculo, es decir tocándose unas casas á otras, no en línea recta, sino en línea curva-circular, de

manera que la una está pegada á la otra, quedando en el centro una plaza más ó menos grande, según sea el número de casas. Ya he dicho antes que por las noches colocan sus ovejas en estas plazas, y aun ellos mismos se van á ellas para ponerse á seguro de los ataques de las fieras. Dícese también que durante la noche se colocan alrededor de la aldea los bueyes, las vacas y becerros, algunos de ellos atados de dos en dos por medio de una cuerda que les sujeta las piernas traseras.» Estas aldeas, no son, como se comprenderá, muy grandes, pues otra cosa no permiten los frecuentes cambios de residencia motivados por la falta de pastos y de caza. La afirmación que hacen Böwing y otros viajeros antiguos de que una aldea hotentote no cuenta más de 15 chozas, únicamente se refiere á los hotentotes del Cabo que desde muy antiguo viven fraccionados y diseminados; puesto que en el país de los namaqúas hay actualmente aldeas que constan de cien y más cabañas.

La ganadería puede considerarse como el elemento de estabilidad en la vida de los hotentotes, por más que éstos, según hemos visto, no sean un pueblo pastoril propiamente dicho, sino más bien una forma de transición entre cazadores y pastores. Sin embargo, la caza para este pueblo es una costumbre antigua y de baja ralea, al paso que la vida de pastores es más moderna y tenida por más elevada. Casi puede afirmarse con seguridad que en la época del primer contacto con los europeos, la tendencia á la vida pastoril era poderosa y debida al crecimiento natural de los rebaños y á la competencia con los bosquimanos que sólo de la

caza vivían, pero que luego, por resultado de las luchas con los europeos y de sus naturales consecuencias el robo de ganados y el empobrecimiento, disminuyó rápidamente. De la importancia que la ganadería había alcanzado entre los indígenas antes de la llegada de los europeos, nos ofrecen abundantes pruebas el *Cape Records* y otras anteriores descripciones de viajeros. Los primeros colonos solamente pudieron mantenerse gracias á los rebaños de los indígenas: en los comienzos de la colonización, los holandeses cambiaban con los hotentotes bueyes, ovejas y cabras, y en tiempos de Kolb, á pesar de las limitaciones que al comercio libre ponían las leyes de la Compañía de las Indias Orientales, tenía importantes proporciones el cambio de reses indígenas por «tabaco, aguardiente, corales de cobre, latón y otros géneros análogos de escaso valor.» Por una libra de tabaco adquiríase entonces un hermoso buey y por media un gordo carnero. Celosos, empero, de la conservación y aumento de sus rebaños, sólo muy contadas veces se desprendían de alguna vaca ó de alguna oveja paridera. Sus rebaños eran, en efecto, su única riqueza, el único recurso que les permitía, por medio del cambio con los europeos, proporcionarse los medios de satisfacer ciertos placeres y los objetos de adorno que bien pronto adquirieron entre ellos el carácter de necesidades.

Kolb, á quien debemos las más detalladas noticias respecto de la ganadería de los hotentotes, la describe en los siguientes términos: «Cada kral tiene un rebaño de bueyes que no pertenece, sin embargo, al capitán, sino que en él tienen todos mayor ó menor parte. El que nada posee suele ponerse al servicio de algún rico de su pueblo ó de algún europeo, con el único objeto de llegar á tener algunas reses de su propiedad. En la época anterior á los europeos, la res era la moneda de este pueblo, más codiciada que entre nosotros el oro. La custodia de las reses era confiada por turno á los habitantes de la aldea, siendo cada día llevado el rebaño, desde por la mañana á la noche, á pacer: durante la noche se le colocaba en la plaza construída en el centro del kral circular, de tal suerte, que los bueyes, atados por los pies traseros de dos en dos, formaban un círculo dentro del cual se ponía á las ovejas: los corderos y las terneras eran guardadas en una choza especial. A los toros y á los carneros se les dejaba durante todo el año en el rebaño, en donde, por regla general, vivían unidos. Los pequeños machos eran casi todos castrados en edad temprana, para lo cual había en cada kral un hombre inteligente. A los becerros se les ataban tan fuertemente los testículos, que necesariamente habían de echarse á perder, y además de esto muchas veces se los machacaban con piedras. Con los carneros se hacía lo propio ó se les cortaban realmente los testículos. Para ordeñar se valen del mismo procedimiento que los europeos, pero no sacan leche si antes no dejan que mame una ternera. Otro medio para ordeñar las vacas consiste en la insuflación que los ordeñadores suelen hacer con su propia boca. La leche la beben fresca ó hervida, sin limpiarla, y hacen con ella manteca, batiéndola con fuerza en un odre hecho con piel, cuyos pelos corresponden á la parte exterior.» Kolb encuentra muy poco apetitoso este envase en saco viscoso y acre: «Puedo en verdad decir, que á pesar de no comer manteca fresca, tomé tal asco hacia ésta, que desde que ví aquella manipulación, no he podido oír hablar de manteca sin estremecerme.» La leche de vaca pueden beberla hombres y mujeres; la de oveja sólo éstas, pues á lo que parece es perjudicial para aquéllas. Los bueyes más robustos son destinados á la carga y á la marcha, á cuyo objeto se les clava en el tabique de las ventanas nasales un largo palo, por el cual, al parecer, se les condu-

ce. Los actuales hotentotes ganaderos parecen haber abandonado la costumbre de tener bueyes *bakeleys* ó de combate, es decir bueyes robustos y valientes que «sirven para mantener unidas las reses, á fin de que no se separen mucho del rebaño ó dispersen,» y á los cuales, «además de estas funciones, se les adiestra para que presten servicios en las guerras que entre ellos sostienen, y para que embistan al enemigo abriendo camino á los que los guían y pisando y destruyendo todo cuanto á su paso se opondrá.» Esta costumbre ha desaparecido tan por completo, que podría casi creerse que Kolb incurrió en una de esas exageraciones á que tantas veces le conduce su afán de ser minucioso y de dar las más completas noticias. La matanza de los animales se hace de una manera cruel, abriéndoles el vientre, sacándoles los intestinos calientes todavía y la sangre que circula por las cavidades del cuerpo, después de la cual los despedazan. Sólo se matan las reses en caso de necesidad ó en circunstancias excepcionales, tales como bodas y entierros. Esto no obstante, comen la carne de toda res muerta.

No existe prueba alguna de la existencia de la agricultura primitiva entre los hotentotes, de suerte que cabe creer que era completamente desconocida de ellos antes de la llegada de los europeos. Los utensilios agrícolas que usan los namaquías para sus cultivos, por cierto no muy importantes, deben proceder de los damaras, puesto que tienen formas distintas de las que encontramos entre los cafres orientales y los betschuanos.

La alimentación de los hotentotes se compone, pues, de los productos de la caza y de la ganadería, y en pequeña parte, y esto aun no siempre, de vegetales: proporcionarse estos últimos era tarea propia de las mujeres, siendo preferidas las raíces y los tubérculos, y especialmente (dice Pedro Kolb) las que con más afán desenterraban los monos y los cerdos. En este punto, no tenemos, por lo que hace á este pueblo, un conocimiento tan perfecto como respecto de los bosquimanos: en algunas comarcas pobres en caza, los hotentotes, á quienes sólo una gran necesidad obliga á sacar alimento de la tierra, aplacan su hambre con vegetales, pero siempre buscan con avidez la carne, como todos los africanos. Según Lichtenstein, el hambre de carne fué el único motivo que pudo inducir á los hotentotes del Cabo á entrar, especialmente como pastores, al servicio de los blancos: «ningún salvaje sud-africano puede soportar la falta absoluta de carne.» En caso de necesidad, apochugan con la piel y con el cuero, que mascan después de haberlos ablandado por medio de la torrefacción. La suciedad con que preparan los manjares ha sido censurada en términos duros por cuantos han tenido ocasión de presenciar esta operación. Ni la carne ni las raíces las comen crudas, sino que cuecen ó asan la primera y tuestan en el rescoldo las últimas; pero ninguno de estos procedimientos es llevado á la perfección, de modo que todo lo comen medio crudo. Con preferencia cuecen en sangre pequeños pedazos de carne, haciendo un guisote que, aunque sólo fuera por esto, merecería ser calificado de manjar nacional. Los hombres comen separados de las mujeres, de los niños y de los adultos que no han llegado todavía á la edad viril. En las comidas no se conocen las categorías, sino que cada cual coge lo que le gusta y de la manera que más le agrada. Respecto de su modo de comer, dice O. Tachart: «Comen como si tuvieran verdadera hambre y sin sujeción á más regla que la de la naturaleza.» Antes de la llegada de los europeos no conocían más bebidas que el agua y la leche, pero muy pronto mostraron afición extraordinaria al aguardiente. La Compañía de las Indias Orientales procuró que

uno de sus productos que dejan mayor beneficio, el arrak, no faltara nunca en el Cabo, mientras la viticultura, que floreció rápidamente, hizo de fácil adquisición el vino y el aguardiente. Por desgracia suya, los hotentotes se han acostumbrado hace mucho tiempo á todas nuestras bebidas excitantes, así á las fuertes como á las suaves. Cuando Baines llegó al kral de Jan Jonker, lo primero que éste le pidió fué agua de Colonia «para calentar su estómago» y en seguida envió á buscar té para beberlo por la noche en su casa. Los placeres que en ningún pueblo de la tierra faltan eran entre los hotentotes la hierba dacha y la raíz de canna, familiarizándose muy pronto, apenas llegaron allí los europeos, con el tabaco, que fuman solo ó mezclado con dacha, con tal pasión, que fué durante mucho tiempo el artículo de circulación y de cambio más importante, es decir una especie de moneda por la cual lo daban casi todo. No tardaron tampoco mucho en usar el rapé y en aprender á mascar el tabaco. Su modo de fumar y los instrumentos de que para ello se valen son iguales á los que hemos visto entre los bosquimanos. También usan la raíz de canna, que en tiempo de Kolb era por los hotentotes tenida en más que el tabaco y la dacha.

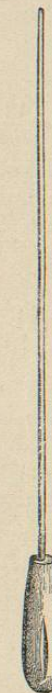
De todas las artes y manipulaciones la que más á la perfección conocen los hotentotes es el arte de preparar pieles y cueros y las diversas aplicaciones de unas y otros. Para ablandar la piel sin quitarle el pelo la untan, apenas arrancada del animal, con grasa mezclada á veces con excrementos de vaca, y la golpean con sus kirris. Las cosen entre sí con tendones, á cuyo objeto practican en ellas agujeros por medio de agujas sin orificios hechas con huesos de pájaros. Para estos cosidos usan principalmente los tendones vertebrales de los bueyes, tendiéndolos, después de muertos éstos, sobre troncos de superficie plana para secarlos al sol. A fin de hacer caer el pelo de las pieles, esparcen sobre éstas ceniza y las dejan «sudar» al sol, á la manera que los curtidores; después de lo cual, las frotan por ambos lados sucesivamente con grasa y arena hasta que están suficientemente blandas para ser cortadas en forma de correas. El empleo de cierta corteza para curtir, lo deben haber tomado los namaquías de los europeos. En cuanto á la fabricación de esteras de junco, ya hemos hablado de ellas al ocuparnos de la construcción de chozas. Con juncos y cañas tejen también las cuerdas con las cuales, durante la noche, atan á sus bueyes: asimismo hacen con ellos argollas que ponen en las piernas de los niños. Sin otro instrumento que las manos, por regla general, las mujeres fabrican sus cacharros: para ello sacan la arcilla de los hormigueros, sin entretenerse en separar de ella los huevos de hormigas. Una vez secado el cacharro al sol, lo meten en un agujero, encienden fuego encima, alrededor y dentro de él, hasta que está enteramente tostado, con lo cual toma un color negro debido probablemente á la carbonización de la grasa de los huevos de hormiga.

Respecto de su industria metalúrgica, dice Tachart: «Son muchos los que entienden en minerales, y saben fundirlos y prepararlos convenientemente, pero no los estiman gran cosa, quizás porque en su país abundan las minas de oro, de plata y de cobre.» Kolb y otros aseguran que este pueblo se mostraba muy poco codicioso del oro y de la plata, metales que, según todas las probabilidades, no poseyeron antes de la llegada de los europeos. «De cobre — dice Kolb — fabricaban algunos objetos, porque este metal, después de pulido, presenta un brillo hermoso; pero lo cierto es que no lo estimaban en tanto como el hierro, por la razón de que éste les servía para fabricar sus armas necesarias, al paso que con aquél sólo confeccionaban objetos de adorno.» El sistema

que emplean para fundir el hierro es el mismo que encontramos en otras tribus primitivas del Sud de Africa: para ello abren dos fosos, uno encima de otro y entre sí unidos por un canalizo: en el de arriba, y por medio de un fuego intenso, reducen y funden simplemente el hierro, y en el de debajo, se recoge el producto de este procedimiento de fundición. Antiguos autores atestiguan que este pueblo desconoce el martillo y el yunque. Su fuelle no consiste simplemente, como el de los negros, en un par de horteras de madera, sino en una odre de cabra con una válvula y un tubo de tierra por el cual pasa el aire. Su sistema de forja es de lo más sencillo que imaginarse pueda: Vogel, en su «Descripción de un viaje de diez años por las Indias orientales», lo describe casi con las mismas palabras con que un moderno observador ha descrito la manera de forjar de los zulús: «Toman un pedazo de hierro tal como llega á sus manos y buscan una piedra sólida y dura sobre la cual colocan el hierro, y luego con otra piedra, que en ellos hace las veces de martillo, lo golpean hasta tanto que le han dado la forma intentada: hecho esto lo frotan con otra piedra y lo pulimentan tan bien que podría creerse que la pieza ha sido confeccionada por un verdadero armero alemán.»

Cuando los europeos se pusieron por vez primera en contacto con los hotentotes, sólo encontraron entre éstos algunas pocas huellas de comercio y tráfico: desconocidos como eran el oro y la plata, escasísimo el cobre y no muy abundante, á lo que parecía, el hierro, comenzaba por faltarles un medio de cambio. Fuera de sus bueyes y de sus ovejas, sólo podía considerarse propio para el comercio el marfil, única materia que puede creerse constituía el comercio exterior de los hotentotes antes de la colonización del Cabo. En efecto, los antiguos exploradores hacen notar la escasez que, á pesar de lo mucho que abundaban los elefantes en aquel país, se notaba de marfil ora en bruto, ora en forma de brazaletes. En vista de que, aun después del florecimiento de la ciudad del Cabo, sólo acudía á este concurrido mercado una cantidad exigua de marfil, supúsose que aquellas tribus lo enviaban á las colonias portuguesas, bien directamente, bien por conducto de los «monomotapas.» Kolb hace una observación que parece indicar la existencia de un comercio directo con Natal, pues dice que en el registro de un capitán de buque holandés, van der Schelling, encontró una nota que decía que en la tierra de Natal había en gran abundancia marfil «que él compró á los monomotapas fronterizos y á los cercanos hotentotes.» Estos cambian entre sí ó con los holandeses las reses sobrantes de sus rebaños por tabaco — del cual, en sentir de Kolb, consumen algunos millares de libras — por corales de cobre ó por canna (*valisneria*). Rara vez venden los hotentotes sus armas. No carecen estos pueblos de ciertas dotes mercantiles, de suerte que los comerciantes holandeses del Cabo creen conveniente enviar á sus criados hotentotes cargados de géneros á tratar con sus compatriotas, seguros de que por este medio realizarán mayores ganancias que si fueran ellos mismos los negociantes. Los antiguos autores encomian también su lealtad mercantil, pero los modernos poca cosa dicen sobre este particular.

Digamos, para terminar, algo acerca de las prácticas artísticas de los hotentotes. Poseen éstos un talento musical



Aguja para tejer esteras (Museo etnográfico, Berlín)